

la vida eclesiástica en Normandía, en el Gran Anjou, en la Bretaña, en la Aquitania, en Inglaterra, en el País de Gales y en Irlanda.

Sobre la figura de Enrique I y los orígenes de la Corte cultural de los Plantagenêts ha escrito Judith Green (pp. 485-495). Enrique II tenía 17 años cuando sucedió a su padre como duque, 19 cuando se casó, y dos años más cuando fue coronado junto a Leonor en Westminster Abbey en diciembre de 1154. Los tres reyes normandos anteriores, y Enrique I en particular, se sirvieron de sus influencias reales para construir Iglesias, sobre las que luego establecerían el derecho de patronato, y aumentar aún más si cabía su influencia. En realidad muchas de las construcciones financiadas por Enrique I fueron eclesiásticas; sin embargo, siguiendo la estela de su abuelo, también levantó hospitales o diversas casas-conventos de agustinos. La corte de Enrique I se ha caracterizado, según los datos que nos han llegado, por sus ostentaciones.

Egbert Türk destaca la figura del intelectual Pierre de Blois, como paradigma del ascenso social (pp. 497-504). Nació entre 1130 y 1135, de una familia perteneciente a la baja nobleza. Estaba considerado también como uno de los cuatro grandes poetas de la época (p. 498) y el autor de *Dialogus clerici et laici contra persecutores ecclesiarum*. Asimismo Pierre anticipa el mito de la inmortalidad, según los humanistas (p. 499). El propio Pierre se compara a un naufrago al que sólo Enrique II, *rex insignis*, podría aún salvar (p. 502). Por otro lado, establecía una distinción entre los *clerici pontificum* y los *clerici curiales* (p. 503). En realidad, constituyó una excepción bastante notable entre los intelectuales de su época.

Juan de Salisbury, intermediario entre Tomás Becket y la corte de los capetos, ha sido el tema propuesto por Julie Barrau (pp. 505-516). En los primeros días de noviembre de 1164, abandonó el continente cerca de Gravelines, lo que representaba una clara violación de las constituciones de Clarendon, ya que un clérigo no podía abandonar el reino sin el consentimiento del rey. Juan de Salisbury conocía bien Francia, sobre todo París. En la correspondencia mantenida, Juan de Salisbury dejaba constancia de sus contactos con los capetos, incluso en la época en la que se encontraba en el exilio. En dos cartas escritas en julio de 1166 también quedaba constancia del enfrentamiento entre Enrique y Tomás (p. 512).

Martin Aurell, editor de esta obra junto a Noël-Yves Tonnerre, no sólo ocupa plaza como medievalista consagrado en la Universidad de Poitiers, sino que también es miembro senior del Instituto Universitario de Francia, así como director de la revista *Cahiers de civilisation médiévale*. Además, entre sus múltiples publicaciones, destaca su obra de síntesis *La Noblesse en Occident (V<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècle)*.

GUILLERMO HIERREZUELO CONDE  
Universidad de Málaga

AURELL, Martin, *Le chevalier lettré. Savoir et conduite de l'aristocratie aux XII<sup>e</sup> et XIII<sup>e</sup> siècles* (París, Impr. Maury de Millau, Eds. Fayard, 2011), 539 pp.

Con el inicio del siglo XII tuvo lugar un despertar cultural significativo, que supuso un vasto movimiento de renovación letrada que, a partir de los años centrales de la centuria 1100, llegó a occidente, y provocó que las escuelas y las universidades naciesen y se multiplicasen. Sus enseñanzas se diversificaron, aumentando el número de autores y de libros. De esta forma, surgió una nueva generación de eruditos monás-

ticos que pretendía salvaguardar los nuevos saberes, que se definían a sí mismos como “modernos” (p. 11). Con el despertar del siglo XII, la Iglesia sufrió una transformación radical: las exigencias morales, espirituales y culturales de los clérigos se reforzaron. Para la mayoría de los medievalistas, se produjo un importante cambio mental en esta época. De hecho, en occidente comenzó a tener auge la escritura y, de otra parte, la Iglesia utilizaba constantemente la Biblia, la patrística y los libros litúrgicos. En efecto, antes del año 1130, salvo raras excepciones, todo se escribía en latín. De hecho, las invasiones normandas introdujeron en Inglaterra los primeros textos franceses. Por otro lado, en esta época el término “clero” (clérigo) presentaba cierta ambigüedad. Además, un laico –como sinónimo de inculto– podía aprender latín y adquirir el conocimiento de los libros. En esta época comenzó una proximidad entre el clero y los caballeros, que respondían a la organización de la familia aristocrática, si bien unos dedicaban sus esfuerzos a la guerra mientras los otros al estudio.

El arte de las armas requería una formación previa e intensa. A partir del siglo XI, los caballeros se diferenciaban en el campo de batalla. Pero en todos los casos, la instrucción latina de base a los descendientes se consideraba fundamental, aunque era frecuente que un noble delegara la instrucción de las letras de sus progenitores a sus preceptores. A lo largo de la alta Edad media, en occidente los monasterios iniciaban en las letras, si bien la escolarización monástica de los futuros guerreros sólo era para los príncipes y la más alta aristocracia.

En Italia, más que en occidente, existían centros de enseñanza urbana destinados tanto a los laicos como al clero. En la península, las numerosas escuelas privadas o municipales subsistían desde la antigüedad (p. 71). A principios del siglo XII, varios jueces contribuyeron a la elaboración de diversos textos legislativos que más tarde conformarían los *Libri feudorum*, una compilación de Derecho feudal difundida por parte del mediterráneo occidental. A principios del siglo XIII, una quincena de localidades italianas estaban dotadas de universidades. En definitiva, que en estos dos siglos el nivel del latín de los caballeros mejoró en gran medida. De hecho, la irrupción en ambos siglos de los caballeros en las letras en el panorama literario occidental sorprendió por su precipitación (p. 115). El aumento de los escritores laicos en los siglos XII y XIII hizo que poetas, romanceros o cronistas dedicaran algunas palabras a la caballería. Sin embargo, los clérigos preferían escribir en latín, mientras que los nobles optaban por su lengua materna. De esta forma, los caballeros contribuyeron a la aparición de un nuevo género literario que reivindicaba la ficción y la imaginación. A finales del siglo XIII, la mayoría de las crónicas eran escritas en italiano, la lengua vulgar que se estaba extendiendo en estos momentos.

Martin Aurell señala que María de Francia fue la primera escritora en lengua francesa, autora probable de cuatro obras en versos octosilábicos (pp. 244-249). De hecho, en los siglos que se estudian la mayor parte del género lírico provenía de las féminas. En estos siglos, la cultura de los libros de caballería crecía, no siendo abandonada en ningún momento por las élites de occidente. También se recogían en los escritos las reformas de las costumbres de guerra. De hecho, Alfonso X de Castilla (1252-1284) tuvo que ver (aunque se ha discutido mucho al respecto) con la redacción del código legislativo conocido como *Las Siete Partidas*, que contenía una disposición precisa sobre la protección que se debía otorgar los caballeros. En sendos siglos, los cristianos latinos conocieron una expansión territorial sin precedentes, sobre todo en el mediterráneo, en detrimento del Islam. De hecho, en 1085, el rey de Castilla y León conquistó Toledo, la antigua capital visigótica. El momento más trascendental tuvo lugar en 1212 con

la victoria de las Navas de Tolosa, que abrió la conquista en el valle del Guadalquivir. Por otro lado, los reinos de Valencia y de Mallorca también sucumbieron décadas más tarde. La situación fue similar en Sicilia, cuando los normandos derrotaron a los musulmanes a finales del siglo XI.

A lo largo del siglo XII, los nobles se integraron con entusiasmo en las órdenes militares, que hacían compatible la práctica de la guerra y la vida religiosa. Martín Aurell destaca que la influencia clerical en la pacificación de la aristocracia no se limitó a la propaganda a favor de un poder monárquico fuerte, sino que fue de naturaleza más profunda y espiritual. Era una época en la que el amor estaba considerado como el objeto de debate entre cortesanos. No faltaban autores que trataban el tema religioso como Francisco de Asís (1181-1226), que consideraba la verdad teológica de la caridad como la más importantes de todas en el cristianismo (p. 408). En esta época la devoción a la Virgen María estaba aún más presente que en el pasado del cristianismo occidental. De hecho, en el cristianismo el amor de Dios quedaba de manifiesto en el amor al prójimo. Además, en el cristianismo medieval, el sacrificio voluntario estaba considerado como la mejor forma de penitencia para reparar los pecados cometidos.

Martín Aurell, catedrático de Historia medieval en la Universidad de Poitiers y miembro del Instituto universitario de Francia, ha publicado obras recientes e importantes como *La Légende du roi Arthur* y *L'Empire des Plantagenêt* (1154-1224), esta última recensionada en esta misma sede en el vol. XXVI (2004), pp. 601–603.

GUILLERMO HIERREZUELO CONDE

BAUBÉROT, Jean, *Histoire de la laïcité en France* (5ª edición profundamente modificada, Paris, Presses Universitaires de France, 2010), 127 pp.

Jean Baubérot lleva muchos años dedicado al estudio de la historia de la laicidad en Francia, país de muchos santos, a la vez que de revolucionarios y de masones notables, cuestión que sorprende incluso al Pontífice Benedicto XVI, quien a “un Estado con un laicismo muy avanzado” programó una visita, indicándosele “que viajaría a un país ampliamente ateo y encontraría allí un ambiente bastante frío”<sup>1</sup>. Sin embargo, para J. Ratzinger “fue importante ver que, en la denominada Francia laica, sigue habiendo también hoy como ayer, una tremenda fuerza de fe”<sup>2</sup>.

Particularmente Voltaire había sembrado las ciudades de Francia con sus escritos de un anticlericalismo beligerante, abriendo muchos frentes que luego se pusieron en práctica entre 1789 y 1801. El ataque al Derecho canónico y a la jurisdicción eclesiástica ya estaban en Voltaire de una forma bien precisa: “¿Por qué, cuando él [Luis XIV] reformó la jurisprudencia, no fue más que reformada a medias? ¿Tantas antiguas costumbres fundadas sobre las decretales y sobre el Derecho canónico deben subsistir todavía? ¿Es necesario que en tantas causas que se denominan *eclesiásticas*, y que en el fondo son civiles, se pueda apelar a su obispo, de su obispo al metropolitano, del metropolitano al primado, del primado a Roma *ad apostolos*, como si los apóstoles

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Luz del mundo. El papa, la Iglesia, los signos de los tiempos. Una conversación con Peter Seewald* (trad. castellana de Roberto H. Bernet, Herder, Barcelona, 2010), p. 128.

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, p. 129.